



Archivo Filosófico Argentino

Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires

Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Puciarelli

HISTORIA, POLÍTICA Y VALORES EN BENEDETTO CROCE

Ricardo Orzeszko



En las líneas que siguen, a partir de la exposición de las ideas del pensador italiano Benedetto Croce, que viviera entre los años 1866 y 1952, haré algunas reflexiones acerca de la relación que guardan la historia y la política respecto de la ética, aunque me detendré preferentemente en la cuestión historiográfica. Resulta ocioso señalar la actualidad del tema en una época como la nuestra, signada por el más crudo materialismo.

Comencemos, pues, exponiendo sus creencias acerca de la relación entre la historia y la ética.

En primer lugar, según Croce, el historiador carecerá siempre de la información suficiente para juzgar moralmente el pasado. Se ha pretendido que la Historia puede conocer lo acontecido mejor que aquellos que lo vivieron, porque con el paso del tiempo aparecen testimonios antes ocultos. Sin embargo, también se pierde información que estaba disponible para los hombres del pasado, de modo que no siempre el historiador posee más y mejor información. En todo caso, la verdad definitiva parece escapárseles tanto a los que vivieron los hechos como a los historiadores. Por esto, Croce sostiene que la historiografía debe dejar de lado, de una vez por todas, la contraposición moral entre santos y réprobos.¹

Por otra parte, aún suponiendo que se contara con la información suficiente para aprobar o condenar éticamente, esto forma parte de los juicios de valor que, según señala en su libro *La historia como pensamiento y acción*, instauran oposiciones como "bueno y malo. [...].

bello y feo, [...]; del valor, en suma, contra el disvalor". Pero, los juicios de valor emergen de la esfera práctica, de un propósito que tiende a la acción presente y son por eso ajenos al ámbito teórico al cual pertenece la historiografía. Incluso el nombre "juicio de valor" es engañoso, porque en realidad ni siquiera son juicios, sino tan sólo "expresiones afectivas" procedentes de la "necesidad práctica que [...] busca puntos de orientación y apoyo para la acción que se inicia".²

Croce reconoce que la historiografía siempre elabora juicios, pero de orden lógico, como cuando se ubica un hecho del pasado en la esfera política o religiosa.³

Lo que no debe hacer es formular juicios morales de aprobación o condena sobre lo acontecido. La ciencia histórica no es un tribunal intemporal frente al cual debieran presentarse los hombres del pasado para ser juzgados; porque, como escribe Croce en el libro mencionado: "Nuestros tribunales [...] son tribunales del tiempo presente y para hombres que viven, [...]. <Nuestros antecesores> No son responsables ante ningún nuevo tribunal [...] porque [...] entrados ya en la paz del pasado, y como tales objeto únicamente de la historia, no soportan más juicio que el que penetra en el espíritu de su obra y los comprende".⁴ Así pues, los juicios que los alaban o condenan, aunque aparezcan en un escrito histórico, no son auténticos juicios históricos, y corresponden a una forma espuria de historia que Croce denomina "historia tribunalicia".⁵

La historia del mundo no puede pretender ser el tribunal del mundo, porque el historiador no está libre de las pasiones e intereses presentes que surgen de la esfera práctica y que, en esa pretensión, inevitablemente proyectará sobre el pasado, distorsionándolo.⁶ Aquéllos, pues, que insisten en juzgar moralmente el pasado, carecen de todo "sentido histórico".⁷

¿A qué responde entonces este afán de formular juicios morales sobre cuestiones históricas? Croce cree que responde a una "vanidosa debilidad", al placer enfermizo de golpear con palabras, dice, a "los que no pueden contestar porque están encerrados en los hipogeos del pasado". Y agrega que este tipo de historiador suele inclinarse servilmente ante los poderosos del presente, para tomar luego secreta revancha de su degradación actual atacando a los poderosos del pasado, ya inermes.⁸

Aparte de las anteriores observaciones, el pensador italiano rechaza todo juicio moral en historia señalando también que "la lógica de la historiografía no admite obras ni hombres del todo puro o del todo impuros"⁹; para agregar un poco más adelante: "Si la historia no es un idilio, tampoco es una 'tragedia de horrores', sino un drama en el cual todas las acciones, todos los personajes, todos los componentes del coro son, en el sentido aristotélico, 'mediocres', culpables e inocentes, mezclas de bien y mal'.¹⁰ Es decir, se puede distinguir netamente el bien del mal en abstracto; pero, no calificar taxativamente a los hombres concretos en buenos o malos. En esto falla todo juicio moral, ya sea que recaiga sobre el presente o el pasado, porque todo hombre es bueno y malo al mismo tiempo.¹¹ De allí que no tiene sentido para Croce "la pretensión de juzgar históricamente el mérito o demérito".¹² Nunca conocemos, pues, cabalmente al otro. Nos movemos siempre entre probabilidades. Las necesidades de la acción me llevan a "conferir durabilidad", constancia, al accionar del otro, me llevan a formular juicios categóricos: "es bueno", "es malo", y conducirme ante él en consecuencia.¹³

Otro argumento que esgrime con el mismo fin, consiste en sostener que, en última instancia, no es el individuo el sujeto que actúa y hace la historia. En La historia como

pensamiento y acción leemos: "El individuo ya no aparece llamado a elegir su determinación, sino como quién ha llevado a cabo lo que le asignaba el curso de las cosas y la misión que llevaba en sí". De este modo, no cabe juzgar a Julio César por haber acelerado el fin de la república romana, desde que ese destino le estaba señalado; él tan sólo cumplió con su misión histórica y no le cabe juicio moral alguno de la posteridad.¹⁴ El verdadero sujeto de lo obrado en la historia es, en palabras de Croce, "el Espíritu que forma a los individuos y los hace instrumentos suyos".¹⁵ De un modo semejante a la Providencia o a la "astucia de la Razón" hegeliana, los personajes dañinos del ayer han servido, sin saberlo, al bien, porque "suscitan, por reacción contra la suya, el entusiasmo moral"¹⁶, y con ello el mejoramiento del curso de los acontecimientos.

Para Croce, entonces, el único juicio válido en historiografía es aquél que, al comprender el espíritu con que fueron abordadas las obras del pasado, se vuelve puro y neutral, exento de parcialidad alguna.¹⁷ En su libro *Ética y política*, dice que en "la consideración histórica [...] todo mérito y demérito se esfuman y sólo queda la calidad de la obra" realizada por nuestros antecesores.¹⁸

Lo expuesto constituye el núcleo de la posición de Croce. Pero, hay dos temas más, estrechamente conectados con lo anterior, que considero interesante exponer aquí. A partir de que la historia no es nada más que el despliegue del espíritu universal en el tiempo, todo lo que en ella sucede tiene, en última instancia, una justificación. Con esto, queda excluida una historia escrita en clave moral, que resultará ser, obviamente, una historia "negativa", porque mantiene como injustificable todo lo irracional del pasado y hace lugar a la condena de acciones infames y períodos tenebrosos. Para Croce, esta forma de encarar el pasado es errónea, dado que lo irracional carece de realidad, y es tan sólo -dicho con sus palabras- "la sombra que proyecta lo racional mismo".¹⁹ Las historias negativas, como las escritas por el Cristianismo o el Iluminismo dieciochesco, terminan siendo "dualísticas" y representando el devenir como la lucha entre el bien y el mal.²⁰

Sin embargo, la verdadera historia, según Croce, es la historia positiva. Ella se centra en la actividad, en la reacción del hombre frente a los males que provienen de la naturaleza o de la organización social. Para ella, por ejemplo, la decadencia no es un mal, sino una mera transición hacia un nuevo bien, como -por ejemplo- el marasmo de la Edad Media que dio lugar al posterior Renacimiento luminoso de las artes y las ciencias.²¹

De este modo alcanzamos la perspectiva justa, la de una historia vital, que es siempre positiva y racional, porque pone en evidencia que en el mundo lo irracional es, en el fondo, racional, que lo negativo es, en realidad, positivo, porque es preparación y tránsito.²²

De aquí deduce Croce que la visión adecuada de la historia no es la de un progreso desde el mal hacia el bien, sino desde lo bueno hacia lo mejor, porque, dice en su libro *Teoría e historia de la historiografía*: "El mal es el bien mismo, visto a la luz de lo mejor".²³ Como se ve, una visión optimista de la historia, como un progreso irresistible. La historia positiva considera, por lo tanto, que sobre los acontecimientos pasados sólo pueden hacerse juicios positivos; es decir, estimarlos a todos como buenos en relación con lo mejor a que darán lugar. Juzgar negativamente, condenar el pasado, es un acto antihistórico.²⁴

Sin embargo, esa marcha progresiva de la historia no desembocará en una Utopía final. Croce se declara liberal y el liberalismo -según él lo entiende- significa un rechazo de las utopías, concebidas como sociedades perfectas, definitivas e inmóviles, donde todas las

luchas han cesado. Las utopías son tan sólo sueños, como lo son también -para él- la desaparición definitiva de la guerra, las supersticiones, las dictaduras y la desigualdad social. Según Croce, la única felicidad auténtica y al alcance del hombre es la de trabajar y luchar.²⁵

Se abandona así el concepto utópico de progreso del siglo XVIII, que consistía en el acrecentamiento continuo del bienestar y la felicidad hasta alcanzar la perfección en un futuro, remoto pero cierto. El progreso, en él, consiste en la conservación y la superación continuas; porque la posesión definitiva de una felicidad perfecta es una ilusión. De aquí que el liberalismo, que es antiutópico, resulte por eso mismo impopular.²⁶

Pasemos a ver ahora algunas de sus ideas fundamentales sobre la política y el Estado.²⁷ Para Croce las acciones políticas se inscriben todas en el campo de la utilidad. Por ello, en sí mismas son "amORALES", es decir, ni morales ni inmorales. Como sostiene que la acción política es directamente "coextensiva" con la acción útil, cualquier acción inútil no será, por definición, verdaderamente política, sino sencillamente una acción torpe, ineficaz. Ahora bien, el conjunto de acciones políticas es lo que constituye el Estado.

A su vez, los distintos Estados entran siempre en lucha entre sí, y esos enfrentamientos son justamente políticos, no morales; porque los Estados, como dice en su libro *Ética y política*: "no son individuos éticos, sino individuos económicos". Prueba de esto es que un individuo ético reconoce sus faltas morales; en cambio un Estado jamás lo hará, "a lo sumo se lamentará de sus errores de cálculo", de no haber sido suficientemente sagaz en sus políticas. Por otra parte, El individuo ético no cede ante el más fuerte cuando éste le exige algo deshonesto, y puede llegar hasta el sacrificio de la vida en aras de preservar su dignidad, como en el ejemplo de Sócrates. El Estado, por el contrario, siempre cede ante el vencedor y salva su vida a cualquier precio, por deshonesto que sea, porque "no se mueve en el círculo ético".²⁸ Croce llega a decir -aunque hace la salvedad que lo dice en un sentido "metafórico"- que las acciones del Estado son "viles", puesto que aplastan con soberbia a los débiles y lo inclinan servilmente ante los poderosos. Apelando al ejemplo cercano de la Primera Guerra Mundial, se pregunta: "¿Qué Estado ha conservado su 'dignidad' en el sentido ético de la palabra durante la guerra que acaba de terminar?". Francia, durante el peligro, mendigó indignamente la ayuda de pueblos que poco antes había despreciado. Pasado el peligro y ya victoriosa, se volvió inflexible con la Alemania vencida. Pero también Alemania, en su mejor momento, rechazó con soberbia las ofertas de paz de E.E.U.U. e Inglaterra para luego apresurarse, a su vez, a ofrecerlas, cuando la fortuna de la guerra se le volvió adversa.²⁹

Los Estados, escribe, "son animales magníficos, poderosos, colosales; pero sólo quieren vivir, y para no morir aceptan cualquier medio", buscan "tan sólo garantizar la vida y los intereses del mejor modo posible"; es decir, se mueven por pura utilidad, en el juego de las fuerzas. Por ello, "los Estados no son heroicos" y "se parecen a las fuerzas de la naturaleza". Con esta dura descripción, Croce no cree estar efectuando ninguna censura moral de los Estados, sino simplemente una "dilucidación" de aquello que están obligados hacer de acuerdo a su naturaleza, porque sobre este tema lo que se necesita es "fijar sin prejuicios la realidad".³⁰

Y la realidad, es que el Estado no se fundamenta en la moral, sino en la fuerza, pero una fuerza que genera el consentimiento. Por eso, es un falso dilema si el Estado emerge de la fuerza o del consentimiento. Ambos fenómenos son "correlativos", no se produce el uno

sin el otro: "Todo consentimiento es forzado", aunque más no sea por los hechos, por la situación; y al cambiar la situación, cambiará también aquello a lo cual se consiente. 31 De allí que -señala Croce-, "en el más liberal de los Estados, como en la más opresora de las tiranías, el consentimiento está siempre". Si identificamos ahora "fuerza" con "autoridad" y "consentimiento" con "libertad", como él lo hace, podemos decir que, en todo Estado, la autoridad y la libertad existen en forma inseparable, porque "la autoridad reprime la libertad y, sin embargo, la mantiene viva y la suscita, porque sin ella no podría existir".32

Croce admite que existen otras teorías acerca del fundamento último del Estado, pero hay una que, según él, destaca por absurda: la teoría igualitaria de la sociedad. Esta idea supone la autarquía completa de los individuos con lo cual el Estado desaparece por superfluo. Por otra parte, como en esta concepción no se admite la diversidad que existe entre los individuos, desaparece toda base para establecer un contrato que dé lugar a una sociedad. De esta teoría sólo puede deducirse una libertad y una fraternidad totalmente vacías, carentes de contenido concreto. En efecto, dice Croce: "¿Qué puede ser más estúpido que esa 'libertad' y esa 'fraternidad' atribuidas a una hilera de frías, lisas, idénticas bolas de billar?"; y concluye un poco más abajo "La teoría igualitaria [...] tiene su verdadero origen en los esquemas de la matemática y la mecánica. [...] Su gran época fue el siglo XVIII dominado por los descubrimientos de la mecánica".33

Como el Estado es la mayor institución ética, su corrupción resulta especialmente dolorosa. Cuando esto ocurre, en su nombre y con la excusa de ayudar al pueblo, se dilapidan los fondos públicos en provecho de "algunos individuos poco dignos". "Todo es máscara, todo prepotencia, todo ficción". Sin excepciones, "todos los partidos se aprovechan"; "la náusea asalta los pechos [...], es el tormento de la impotencia". Ante esto, las almas buenas optan por encerrarse en el círculo más íntimo, cayendo en el "desinterés por la cosa pública". De este modo se produce la escisión entre política y moralidad.34

Sin embargo, ese desinterés, si bien nace de una justa indignación, tiene el peligro de que suele caer fácilmente en el egoísmo, en "desentenderse de lo universal y atender sólo a sí mismos". En todos los tiempos, se observan espíritus aristocráticos, que se apartan desdeñosos de la política y se vuelcan exclusivamente al goce estético o intelectual; espíritus que, en el sentir de Croce, no merecen ninguna "admiración o respeto" especiales.35 Y no lo merecen porque la mayoría son personajes inútiles, que caen en el discurso ingenioso, el sermón vano, o la mera beneficencia, cuando lo que se debería hacer es ayudar a los conciudadanos "cambiando políticamente las condiciones de la sociedad y haciendo que respiren mejor y trabajen más libremente".36

Ese desinterés por la política es como una exageración del sano principio de especialización de la sociedad, por el cual cada uno se desentiende en cierta medida de las funciones que cumplen los demás. Pero, el poeta, el filósofo, el santo, aún dentro de la especificidad de sus papeles, deben participar de lo universal, de lo político; porque todos tienen algo que brindar a su pueblo: el poeta, sus sueños, el filósofo, la verdad, el santo, su ejemplo de virtud.37

Sin embargo, no sólo por desilusión se da la espalda a la política, también se lo hace al no comprender acabadamente su relativa autonomía. Se cae así en lo que describe, en *Ética y política*, como "petulante exigencia de 'honradez' que se impone a la vida política". Se sueña con una suerte de "Areópago compuesto por hombre honrados, a quienes deberían confiarse los asuntos del país": hombres pertenecientes a distintas profesiones: "químicos,

físicos, poetas, matemáticos, médicos, padres de familia, etc."; todos ellos con "bondad de intenciones" y "desinterés personal"; pero, carentes de "habilidad política". En una palabra, una "asamblea de técnicos honrados".

Croce ridiculiza esta postura, que considera tan sólo una cándida ilusión. Las pocas veces que algo similar ocurrió en la historia, resultó un fracaso, justamente por la impericia política de esas honestas personas. Por otro lado, argumenta, si para cualquier tarea delicada, como la de curar por ejemplo, se busca a alguien que posea la aptitud necesaria y no una persona simplemente honrada, es incongruente que únicamente para la política se pida el concurso de gente honrada y se desdeñe la habilidad.³⁸

A pesar de estos argumentos, se ha repetido en todos los tiempos que "la política es cosa sucia". Pero este es un calificativo injusto, según Croce, porque la política es "una actividad fundamental del hombre, una forma perpetua del espíritu humano". Este desprecio surge de la pereza, de aquella falta de vitalidad que conduce a un "anhelo de paz, de reposo, de tranquilidad". Croce escribe en *Ética y política* que aquí se trata de "negar la lucha y acariciar con palabras el ideal de la pereza: <esto es> la justicia social e internacional, la igualdad, la fraternidad, la armonía entre clases, la unión de los pueblos". Pero, para el hombre sólo existe "reposo en la lucha" y "paz en la guerra". Por eso se repudia la política, porque "es la mayor y más notoria manifestación de la lucha humana", una lucha perpetua entre partidos, grupos o naciones, que comprende también en su seno la "guerra de armas".³⁹

Los políticos, sabedores de esta verdad y para no contrariar al vulgo, reconocen de palabra sus deseos de paz para luego negarlos en los hechos, y recurren a "sofismas, ardidés y expedientes oratorios" con el fin de ocultar esta incongruencia.⁴⁰ A veces, los políticos mismos terminan contagiados por ese ideal de paz y pereza del vulgo, y "entonces se sienten como forzados a hacer el mal que no querrían hacer; [...] están atormentados por la conciencia (una conciencia indudablemente falaz) de vivir contra la moral". Entonces, se los ve deseando retirarse de la política, que ahora sienten también como sucia, y reposar en el ejercicio de las letras o las ciencias.⁴¹

Croce sugiere como solución para este divorcio entre lo que se dice y lo que se hace la adopción en la política de la sinceridad propia del ámbito económico, donde se reconoce abiertamente que "los negocios son los negocios" y que los escrúpulos morales deben dejarse de lado, so pena de hacer malos negocios, y así perjudicarse el empresario, y con él la nación toda. Esto fue muy bien comprendido por Maquiavelo; pero, el exponerlo claramente sólo le valió una gloria oscura y ambigua. De modo que, concluye Croce, los resortes secretos del accionar político deben quedar ocultos a los pueblos, si no se desea perder toda eficacia en ese terreno.⁴² La escisión entre lo política y la moral se manifiesta también en la separación e independencia entre el ámbito público y privado. Según Croce, los defectos en el ámbito privado, mientras no afecten la capacidad política de alguien, pueden ser censurados, pero no lo inhabilitan en este último terreno.

Como ejemplo de esto se refiere al inglés Charles J. Fox (1749-1806), gran orador parlamentario, pero libertino y vicioso. Aunque se debía deplorar sus vicios privados, se hizo bien en no impedirle actuar públicamente, porque la obra política que realizó para su patria fue positiva.

Si a esto se objetara que se le exige honradez a los políticos a fin de evitar que los vicios

privados terminen corrompiendo su accionar público, Croce está pronto a contestar que alguien políticamente hábil será incorruptible en ese terreno, porque allí se encuentra el objetivo esencial de su vida. Del mismo modo que aunque un poeta sea vicioso, si es buen poeta, nunca escribirá malos versos. De todas maneras, concede que los vicios privados no pueden "extenderse demasiado" porque arruinan la reputación e impiden la acción política eficaz.

Por otra parte, si alguien sucumbe finalmente a la deshonestidad y traiciona a su propio país, entonces será, por definición, un político incapaz, ya que, escribe, "la deshonestidad <política> coincide con la mala política, con la incapacidad política". Del mismo modo, cuando un poeta genial, cediendo a la codicia, escribe por encargo malos versos, entonces "habrá dejado de ser poeta".⁴³

Se puede representar también esa escisión entre política y moral con la recíproca intolerancia entre el político y el santo; dos arquetipos humanos muy diferentes: Mientras el santo -como todas las "almas buenas dedicadas al bien"- se angustia por los males del mundo, el político, en cambio, resuelve su angustia a través de la acción.

Esta mutua intolerancia se basa en una falta de comprensión filosófica, porque ambos son "parte y función" de una unidad superior, son "momentos eternos" del Espíritu y, como tales, ambos necesarios e imprescindibles dentro de un Estado ético.⁴⁴

Lo verdadero es, pues, la conciliación de estas dos concepciones en una unidad superior. Entre la Ética y la Política hay una distinción pero, a la vez, una unidad. Una distinción porque, mientras la Ética es la conciencia de lo universal, de los intereses de la humanidad como un todo, la Política, y su hermana la Economía, sólo tienen conciencia del interés particular de individuos o grupos.

La conciencia política, encerrada en lo particular, aparece como defectuosa frente a la conciencia moral, por lo cual debe negarse a sí misma en su unilateralidad, reconocer el interés universal, y convertirse en conciencia moral. Pero no puede reposar en este nivel y debe retornar nuevamente a lo particular, a la acción concreta, pero ahora transfigurada, tanto la habilidad política como la astucia económica, en "instrumentos" de la conciencia moral. Así, lo universal -el interés de la humanidad- se hará real en lo particular y la Política, negándose y a la vez superándose, alcanzará su perfección.⁴⁵

Mediante este tránsito y esta conciliación final, se superarán tanto el sórdido utilitarismo de aquellos que sólo piensan en su interés particular, propio de malos políticos y mercaderes, como el egoísmo de aquellos intelectuales y artistas que se afanan únicamente en su propio esparcimiento, desentendiéndose de las penurias de sus conciudadanos.⁴⁶

En el ámbito del Estado ético, así definido, es ahora un error hablar de acciones malas que se justifican por un fin noble, porque, escribe Croce, aquellas "acciones cuya necesidad racional se advierte" y que "la conciencia moral [...] considera necesario cumplir [...] con miras a la grandeza [...] de la patria, éstas no pueden ser deslealtades, ni vilezas".⁴⁷

En el Estado ético, la política se convierte en un instrumento al servicio de fines superiores. Y sobre esta base, se justifica que los hombres, tan imperfectos como son, constituyan "la materia con que tenemos que obrar [...Si] para inducirlos al consentimiento, nos es preciso compartir sus ilusiones, adular su vanidad, apelar a sus creencias más supersticiosas y pueriles [...] convendrá que empleemos esos medios. No

hay que escandalizarse por ello". Y no hay que escandalizarse porque, como ya vimos, en esto el político no se diferencia de un buen poeta, cuando hace uso en su obra de materiales como las "alegrías y dolores", "el bien y el mal".⁴⁸

Finalmente, como la vida moral supone necesariamente la vida política y económica - porque es necesario "primero vivir, para después vivir bien"-, no hay moralidad que no se realice y exprese en la vida material, y así nos dice: "El hombre moral sólo realiza su moralidad obrando políticamente, aceptando la lógica de la política".⁴⁹

Luego de haber reseñado las principales ideas de Croce sobre la historia y la política con relación a la ética, quisiera agregar ahora algunas observaciones al respecto.

En primer lugar para mostrar la inutilidad del juicio condenatorio en historia, Croce recurre a señalar la omnipresencia y necesidad del mal.

Ya vimos que, para él, la historia es un drama, donde cada época o persona es buena y mala al mismo tiempo.⁵⁰ Como sería imposible realizar un balance global, Croce concluye que sería también imposible efectuar un juicio ético.

Pero, yo creo que, aún suponiendo que no hay individuos completamente buenos o malos, existen de todos modos acciones malas, crueldades inútiles e irracionales, de las cuales ciertos individuos son responsables. Y, así, puede y debe recaer la condena moral sobre aquellos que las perpetraron.

Es verdad que puede ser difícil condenar o exaltar en un todo a una persona o a una época, pero no se trata, en todos los casos de la investigación histórica, de efectuar juicios globales de condena o exaltación: se podrá reconocer, en distintas épocas y personajes, algunos aspectos sublimes y otros penosos.

En La historia como pensamiento y acción dice que "Si el mal no existiera, la moral no tendría lugar", porque la vida no es más que la lucha del bien contra el mal, que siempre renace. En esta pugna consiste el esfuerzo moral. De modo que si el mal no existiera, tampoco existiría el esfuerzo moral.⁵¹ Y el juicio que exalta o condena hombres o acciones, presentes o pasados, sería vano.

Al respecto, considero que si el mal fuera imposible, ciertamente el esfuerzo moral nunca tendría lugar; pero el mal es posible y además existe. Con lo cual, tiene sentido el esfuerzo moral en el presente, para aniquilar su existencia, y lo tendrá en una Utopía futura, para impedir su reaparición. Por eso, decir que debe existir el mal para que pueda haber esfuerzo moral, termina siendo una aceptación resignada del mal en el mundo.

Por el contrario, el esfuerzo moral cobra sentido cuando hay un progreso ético en la historia. Justamente, el que el mal no retroceda, sino que mantenga intacto su dominio y la historia sea sólo una sucesión superficial de modas y figuras, un perfeccionamiento de instrumentos y técnicas, es lo que nos lleva al pesimismo histórico, a desesperar de todo esfuerzo moral, por inútil.

Soñar con un mundo colmado de bienes, donde toda maldad quede suprimida, es -para este pensador- invocar una imagen insoportable. En La historia como pensamiento y acción, escribe: "Piénsese por un instante en un mundo de libertad sin contrastes. sin amenazas y

sin opresiones de ninguna suerte; y enseguida se apartará horrorizado, de ella, como de la imagen, peor que la muerte, del hastío infinito".52

Visión aristocrática sin duda, de alguien que contempla, a salvo, el espectáculo sombrío del mundo, y ve preferentemente su aspecto estético. A ciertas sensibilidades, la visión del infierno conmueve más que la del cielo; porque hay una sensualidad del mal, sin duda. Por eso, el mal se convierte en un elemento indispensable del espectáculo. Al excluir el juicio moral sobre el pasado, la ciencia histórica queda privada de una perspectiva superior que la oriente. Hueca de moral, la mirada histórica se vuelve indiferente. Para salvarla de la apatía, Croce sólo puede otorgarle la perspectiva estética: El pasado, con sus horrores, es ahora un espectáculo de gozo. En oposición a esto, considero la ética como la verdadera perspectiva fundacional de las disciplinas humanas. El enfoque estético no es adecuado para esto, justamente porque incorpora como uno de sus elementos necesarios la belleza del mal, la necesidad del mal en la historia. Como este pensador descarta explícitamente la categoría de causalidad en la comprensión del pasado y la reemplaza por la de "libertad", donde hay elección de valores y responsabilidad, cabe entonces el juicio ético en historia, no sólo a partir del sistema de valores inmanentes a aquella elección pasada, sino también desde la perspectiva de una ética superior, que comprenda a la humanidad como un todo.

Dicho de otro modo, la historia es la ciencia de las acciones humanas del pasado. Pero, las acciones propiamente humanas son aquéllas decididas por el hombre, de las cuales debe responder. Y debe responder no sólo ante sus contemporáneos, que pueden ser cómplices por cobardía o conveniencia de sus delitos, sino también ante la humanidad como un todo, que incluye a los hombres del futuro.

El historiador busca la verdad del mundo humano. Pero, la verdad del mundo humano -que abarca el presente junto con el pasado en una sola unidad- encierra una ineludible dimensión ética. El juicio ético es inherente a esa comprensión cabal del mundo humano; no habrá, pues, una comprensión completa del pasado sin juicio ético, sino tan sólo un entendimiento parcial. Una obra de historia sin juicio ético es una obra incompleta y, en cierto sentido, inhumana. Por eso, cabe preguntarnos: Cuando se exige un juicio neutro en historia, ¿qué ciencia se tiene en mente? No ciertamente una ciencia humana, que trata de hombres para hombres, sino una ciencia natural, que trata de cosas, y donde, obviamente, la dimensión ética está ausente.

Además, que el juicio moral esté ligado a necesidades prácticas, como insiste Croce, no significa que atente contra la verdad. Lo práctico no es de por sí contrario a la verdad. Si entendemos lo práctico en el sentido amplio de todo aquello relacionado con la acción humana, existe en este ámbito la necesidad imperiosa de poder discriminar la acción buena de la mala, y el juicio moral se nos hace así ineludible. Sólo la acción movida por pasiones egoístas contamina negativamente el ámbito práctico. Sólo en este caso el juicio se vuelve inmoral, interesado, y tergiversa la realidad.

La historiografía, al enjuiciar éticamente un hecho del pasado sobre la base de valores perdurables, no está afectando su objetividad; todo lo contrario, la está llevando a su consumación, porque está revelando un aspecto fundamental de ese hecho, su dimensión ética. Por el contrario, es una ciencia social descarnada, con sus pretensiones de pureza inhumana, la que escamotea un aspecto fundamental de la realidad del hombre, como es el interés moral. Un juicio ético acertado nace efectivamente de la serenidad y la imparcialidad; no de la pasión y la parcialidad ideológica. Pero esa imparcialidad no

significa apatía moral. Esto es lo que confunde permanentemente Croce.

En otro pasaje de *La historia como pensamiento y acción*, reconoce que "con profundidad filosófica, la raíz de los errores teóricos y de las fealdades artísticas se ha situado en el mal moral".⁵³

De acuerdo al mismo Croce, pues, es el bien moral la garantía de la verdad en las ciencias humanas, y la historiografía no puede ser una excepción a esto. La ciencia histórica aspira a la verdad, pero ésta se le escapará al historiador que renuncie al juicio ético. Porque la lucha del bien contra el mal es el significado profundo de toda la historia, de cada acto del drama humano. Y esto es lo único que en el fondo interesa: Escrutamos el pasado con avidez para descubrir el camino recorrido, y si a través de ese tránsito la humanidad se ha elevado. Nos comparamos con los hombres del pasado para sacar a luz si somos mejores o no que ellos; no por la vanidad de una competencia inútil, sino buscando con ansiedad alguna señal de progreso moral, que es lo único que puede darle un sentido a la historia.

En *Teoría e historia de la historiografía*, Croce sostiene que la verdadera historia se escribe viendo los hechos a la luz del progreso⁵⁴: Pero ¿cómo hacerlo, sin algún ideal desde el cual juzgar el devenir de la historia? En efecto, todo progreso significa el avance hacia un bien; pero, en el caso de la historia, no puede ser otro que el bien moral. Cualquier progreso en otro sentido, que no lleve en última instancia a la realización ética de la humanidad, carece de significación humana. No se puede hacer auténtica historia sin tener en cuenta el concepto del bien moral como guía insustituible.

Y esto aparece más claro en *La historia como pensamiento y acción*, cuando Croce escribe: "La libertad como forjadora eterna de la historia, como sujeto mismo de toda la historia. Es considerada [...], por un lado, el principio explicativo del curso de la historia y, por otro, el ideal moral de la humanidad".⁵⁵

Es decir, reconoce que no puede explicarse con profundidad la historia si no se tiene en cuenta el ideal moral que en ella pugna por realizarse. Un historiador sin sensibilidad moral no podrá pretender comprender o explicar la historia. Podrá tan sólo, con mayor o menor habilidad, describir acciones y reacciones de los hombres en un contexto temporal dado.

Por otra parte, al comienzo de *Teoría e historia de la historiografía* dice que: "sólo un interés de la vida presente puede movernos a indagar un hecho pasado [...]".⁵⁶

Si la historia surge siempre de un interés vital presente, dentro de ese interés se encuentra por sobre todo, el interés ético, que mueve también la indagación del pasado. Queremos saber la verdad de lo que ocurrió, pero para enriquecernos moralmente. Tal vez sólo en esta época, que ha dejado de lado la moral y exaltado el superhombre, como un bello animal rapaz, se pudo pensar la historia como mera búsqueda incolora, vana, de la verdad por la verdad misma. Pero, en el terreno humano la verdad que interesa es siempre lo bueno, lo ético.

Y así, cuando Croce se burla de aquellos que pretenden juzgar el pasado, preguntando en qué cárcel se cumpliría, por ejemplo, la condena de Julio César ⁵⁷, podemos responderle que esa condena no apunta, por supuesto, a castigar al personaje del pasado, sino a mejorarnos a nosotros mismos en el presente; que juzgamos éticamente el pasado para reafirmarnos en el presente y aleccionar a nuestros contemporáneos. ¿Por qué no condenar

los actos de Julio César, efectuados hace dos mil años? Al condenarlo, estoy censurando a todos los que han actuado como él; pero además, y esto es lo fundamental, a todos los que hoy pretenden actuar como él, o querrán hacerlo en el futuro. Por eso, creo que el juicio ético en historia no es ocioso, sino más bien necesario.

Con respecto a las ideas políticas de Croce que expusimos más arriba, sólo tengo algunas pocas observaciones que hacer,

En primer término, no puedo menos que coincidir con todo aquello que nos dice sobre el Estado ético, donde moral y política se concilian.

Pero, esa conciliación queda, en general, como una fórmula abstracta, valiosa sí, pero incompleta. No se explaya como quisiéramos en trazarnos ese Estado ético que tanto necesitamos. Y en cambio se solaza con extraña complacencia en la autonomía de la Política, con sus reglas propias, que son amorales y se encuentran por eso más allá del bien y del mal, de modo que queda en el ánimo del lector una clara impresión de que hay una sobre valoración de la autonomía de la política, de su independencia respecto de la moral.

Y esta acentuación ocurre también en textos donde está desarrollando las características del Estado ético, de modo que muchos de estos pasajes quedan bajo una luz ambigua. La síntesis no parece haber sido lograda con éxito y -en Croce- la subordinación de la política a la moral, semeja más una declaración que en una realidad consumada.

Para destacar esto, bastará recordar el énfasis que pone Croce en describir la política como guerra, pareciendo olvidar que la guerra suele sacar a luz no sólo gestos heroicos, sino también lo peor que hay en el hombre. La vehemencia con que defiende la hipocresía de los políticos, que -como vimos- mediante "expedientes oratorios" burlan los deseos de paz y holgura de los pueblos. Y la frescura con que propone como solución el reconocimiento de que en política, al igual que en los negocios, la moral no cuenta.

Podemos recordar también su invitación a no escandalizarnos cuando los políticos apelan a lo peor que hay en los pueblos, "a sus creencias más supersticiosas y pueriles", sin detenerse en pensar, por un instante, que al utilizar la ignorancia, se comienza por tolerarla y luego se termina promoviéndola.

No olvidemos tampoco cuando, con toda desenvoltura, escribe que las acciones necesarias para el "engrandecimiento" de una nación, no pueden ser nunca viles, fórmula con la cual puede exculparse cualquier acto infame. Y, si alguna duda nos asalta al respecto, la disipa aclarándonos que "el hombre sólo realiza su moralidad [...] aceptando la lógica de la política", lógica que se expresa en reglas autónomas, fuera de toda consideración moral.

Por último, está el rechazo burlón a la "exigencia de honradez que se impone a la vida política", al anhelo de un Areópago de hombres honrados. Hace esto sin considerar que el sentido común nos enseña que es más fácil que un hombre honrado adquiera con el tiempo destreza política, que un político deshonesto se vuelva honrado alguna vez.

Bibliografía

CROCE, Benedetto, *Ética e Política. Aggiuntovi il "Contributo alla critica di me stesso"*. Bari. Gius. Laterza & Figli, 1931. Edición castellana: *Ética y política*. Seguidas de la

contribución a la crítica de mí mismo. Buenos Aires, Imán, 1952.
CROCE, Benedetto, La Storia come pensiero e come azione. Bari, Gius, Laterza & Figli, 1938. Edición castellana: La historia como hazaña de la libertad. México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

CROCE, Benedetto, Teoria e Storia della Storiografia. Bari, Gius, Laterza & Figli, 1917. Edición castellana: Teoría e historia de la historiografía. Buenos Aires, Editorial Escuela, 1965.

Notas

- 1 Croce, La Storia come pensiero e come azione, p. 206.
- 2 Ibidem, p. 204
- 3 Ibidem, p. 32-33.
- 4 Ibidem, p. 33-34.
- 5 Ibidem, p. 35-36.
- 6 Ibidem, p. 205. Dice Croce: "No es verdad que en la historia callen las pasiones".
- 7 Ibidem, p. 34.
- 8 Ibidem, p. 36.
- 9 Ibidem, p. 36.
- 10 Ibidem, p. 49-50.
- 11 Ibidem, p. 203.
- 12 Croce, Etica e politica, p. 123.
- 13 Croce, La Storia come pensiero e come azione, p. 204.
- 14 Ibidem, p. 34.
- 15 Ibidem, p. 207-208.
- 16 Ibidem, p. 208.
- 17 Ibidem, p. 34: "Penetra en el espíritu de su obra <de los individuos del pasado> y los comprende". Y en p. 35:
- 18 Croce, Etica e politica, p. 124.
- 19 Croce, La Storia come pensiero e come azione, p. 159-60.
- 20 Croce, Teoria e storia della storiografia, p. 77-78.
- 21 Croce, La Storia come pensiero e come azione, p. 157-59.
- 22 Ibidem, p. 159-61.
- 23 Croce, Teoria e storia della storiografia, p. 73.
- 24 Ibidem, p. 75.
- 25 Croce, La Storia come pensiero e come azione, p. 253-54.
- 26 Ibidem, p. 255.
- 27 Croce, Etica e politica, p. 187-92.
- 28 Ibidem, p. 155-56.
- 29 Ibidem, p. 156.
- 30 Ibidem, p. 157.
- 31 Ibidem, p. 193.
- 32 Ibidem, p. 194.
- 33 Ibidem, p. 196-97.
- 34 Ibidem, p. 142-43.
- 35 Ibidem, p. 143.
- 36 Ibidem, p. 144.
- 37 Ibidem, p. 144-45.
- 38 Ibidem, p. 146-47.

- 39 Ibidem, p. 149.
40 Ibidem, p. 150.
41 Ibidem, p. 150.
42 Ibidem, p. 150-51.
43 Ibidem, p. 147-48: "la deshonestidad que corrompe la obra política misma y hace que un hombre políticamente hábil traicione a su partido o a su patria".
44 Ibidem, p. 139; 142.
45 Ibidem, p. 153.
46 Ibidem, p. 154.
47 Ibidem, p. 188.
48 Ibidem, p. 198.
49 Ibidem, p. 199.
50 Croce, La Storia come pensiero e come azione, p. 49-50; 204.
51 Ibidem, p. 43-44.
52 Ibidem, p. 50.
53 Ibidem, p. 45.
54 Croce, Teoria e storia della storiografia, p. 73: "La solución justa es la del progreso entendido no como tránsito del mal al bien, [...] sino como tránsito de lo bueno a lo mejor."
55 Croce, La Storia come pensiero e azione, p. 46.
56 Croce, Teoria e storia della storiografia, p. 4.
57 Croce, La Storia come pensiero e azione, p. 33-34.



Ciudad de Buenos Aires, © Argentina, 2008.